

DEL DIOS DOLAR AL DIOS DE LA VIDA

(KAİROS DE BOLIVIA, 1992)

Xavier Albó*

*Un día yo pregunté,
Abuelo, ¿qué sabes de Dios?
Mi abuelo se puso triste
Y nada me respondió.*

*Mi abuelo murió en el campo
Sin rezo ni confesión.
Y lo acunaron los indios
Canto de caña y tambor.*

*Mi padre murió en la mina
Sin remedio ni doctor.
Color de sangre minera
Tiene el oro del patrón.*

*Y que nadie le pregunte
Si sabe dónde está Dios.
Por su casa no ha pasado
Tan importante señor.*

*Hay una cosa en la vida
Más importante que Dios:
Que nadie escupa sangre
Pa' que otro viva mejor.*

(De un canto de Atahuallpa Yupanqui)

A los 500 años del llamado "descubrimiento" y de la llamada "evangelización", nos redescubrimos como una sociedad bautizada pero mal evangelizada en la que se contraponen dos situaciones:

Por un lado, está el pueblo crucificado que sigue sufriendo y va muriendo antes de tiempo. Por el otro, está la minoría que con su fuerza económica, política y armada detenta el poder a costa de los otros. Incluso pretende dar un carácter sagrado a su situación de privilegio, como si éste fuera el orden cristiano, querido por Dios.

Los actuales regímenes de elección democrática suponen un significativo avance hacia la convivencia ciudadana, frente a la inseguridad pública que caracterizaba a las anteriores dictaduras militares. Pero hasta ahora no representan un cambio estructural hacia una sociedad realmente fraterna. Este tipo de democracia más bien nos ayuda a percibir mejor cómo el poder económico impone su lógica e intereses a cualquier precio.

Al reflexionar como cristianos, la situación se hace más difícil de analizar porque dentro del pueblo crucificado no faltan contradicciones y muchas veces se ha interiorizado la imagen difundida por sus opresores.

El nombre "cristiano" ya no sirve para identificar sin peligro de error una actitud verdaderamente cristiana. Si no hacemos un esfuerzo serio y a la vez humilde para reencontrar el verdadero

rostro de Cristo en medio de esta confusa situación, corremos el riesgo de contribuir en nombre de Dios a consolidar una sociedad cada vez menos cristiana.

Sin embargo, en medio de su opresión y ambigüedades, dentro del pueblo crucificado se sigue resistiendo e incluso empiezan a surgir algunas propuestas alternativas. Su situación y su persistencia interpelan nuestra fe y nos hacen descubrir en él signos de vida y resurrección que contrarrestan a los signos de muerte.

EL PUEBLO CRUCIFICADO

En medio de una aparente prosperidad, muy publicitada por los medios de comunicación y en las esferas oficiales, el pueblo mayoritario de Bolivia sigue viviendo bajo el signo de la muerte: muerte antes de tiempo, muerte en vida. La mortalidad infantil es una de las más altas o tal vez la más alta de toda América Latina. La esperanza de vida es de apenas 49 años. En medio de proyecciones oficiales optimistas, basadas en simples juegos de calculadora, los estudios sobre el terreno muestran tasas de desnutrición crónica tan altas como el 50% en el altiplano, o una mortandad infantil de más del 300 por mil en el primer año de vida en la periferia urbana de Oruro. Como consecuencia del corte de servicios y salarios educativos el ausentismo escolar ha subido al 41%. Todos estos datos, apenas publicitados, son muchísimo más alarmantes que los pequeños brotes del cólera de que tanto se ocupa la prensa local e internacional. Tendremos que llegar al año 2010 para recuperar el nivel de vida que ya teníamos en 1971...

La gravedad de esta situación no parece ahora tan notoria por haber en Bolivia menos violencia política que en otros países cercanos. Pero esta última también ha ido dejando por el camino su reguero de muertos, mártires de la lucha contra la injusticia. Resaltemos algunos nombres dentro de nuestro propio martirologio contemporáneo:

- Los mineros de Catavi y Siglo XX masacrados en la Noche de San Juan (1967)
- Néstor Paz y sus compañeros, ya desarmados, en Teoponte (1969)
- Mauricio Lefebvre y los universitarios asesinados durante el golpe de Bánzer (1971)
- Los campesinos victimados en Tolata y Epizana (1974)
- Los mártires de El Alto ametrallados por Natusch Busch en Todosantos (1978)
- Luis Espinal y Marcelo Quiroga Santa Cruz (1980)
- Artemio Camargo y sus compañeros de la calle Harrington (1981)
- Los colonizadores de San Julián (1984)
- Los productores de coca de Villa Tunari (1988)...

Pero hay otras muchas formas de muerte en vida: la muerte lenta del hambre y la pobreza; los mal llamados "relocalizados", el desempleo masivo disfrazado en puestos callejeros; el analfabetismo y la discriminación racial, cultural y sexual que matan tantas posibilidades de vida digna. Incluso en países tan descompuestos como el Perú las cifras de muertes por el cólera o por la violencia armada terrorista y antiterrorista se quedan

* Xavier Albó es jesuita boliviano, antropólogo y teólogo reconocido por sus obras de investigación de la cultura boliviana.

muy cortas frente a las de esta violencia social y económica: aun allí por cada muerto de cólera hay diez muertos en lucha armada y más de cincuenta niños muertos como consecuencia de la pobreza. ¡Qué será en Bolivia cuyos índices de pobreza son aún más alarmantes!

No falta cierta relación entre una y otra causa de muerte antes de tiempo. Sucesos como la confrontación entre el CNPZ, el secuestrado Londsdales y la policía en 1990 y el incremento de posturas terroristas en tiempos recientes, son con razón interpretados como una amenaza a la tranquilidad y a la democracia; pero al mismo tiempo son señales de la creciente desesperación de una nueva generación cada vez más privada de oportunidades laborales. ¿Podemos decir que estamos en un clima de paz, orden y tranquilidad, cuando se van cerrando oportunidades a la nueva generación?

Esta situación de muerte es pecado contra el Dios de la vida. Pero a la vez vemos en este pueblo humilde al Siervo de Yahwé, que carga sobre sí el pecado de otros, cuyos gritos son lamentos hechos oración y que con su sufrimiento salva al mundo. Salva incluso a sus mismos opresores, obligándoles a cambiar de actitud.

En la raíz de esta situación encontramos dos factores determinantes. El primero, más arraigado en el pasado, es el colonialismo interno. El segundo, es el neoliberalismo.

EXTRANJEROS EN SU PROPIA TIERRA

Por el colonialismo interno se sueña con una Bolivia "criollomestiza" sin el "lastre y retraso" que provoca la "indiada". De esta forma la mayoría de bolivianos se sienten "extranjeros en su propia tierra".

Los agentes de esta visión colonialista son los herederos culturales y sociales de quienes llegaron hace 500 años. Ni la Independencia ni la Reforma Agraria, a pesar de sus logros, liberaron al país de este trasfondo colonialista.

Una de sus más típicas expresiones es todo el sistema escolar. Su objetivo explícito o implícito, principalmente en el agro y en barrios urbanos marginales, es "civilizar" a las nuevas generaciones, de manera particular a las que provienen de las culturas ancestrales. Pero, al mismo tiempo, se da a esos grupos una educación discriminante tanto en sus contenidos como en su calidad, por lo que ni siquiera consigue eficazmente aquel objetivo. El resultado es que se hace perder confianza en el potencial del individuo y de su grupo, sin preparar siquiera para afrontar los desafíos del futuro. Pese a algunas esperanzadoras iniciativas de educación inter-cultural bilingüe, la política dominante es la de ir socavando las culturas mayoritarias y transmitir sin mayores cuestionamientos el modelo castellano y urbano de sociedad y de "patria".

Pero la actitud colonialista se manifiesta de una u otra forma en otras muchas prácticas de la vida pública y privada: en el trato y consignas que reciben los reclutas en el cuartel; en la forma rutinaria con que las oficinas públicas discriminan a la clientela de origen más popular; en los ideales presentados por los medios masivos de comunicación social; en la estructura de gobierno de la administración pública, de los partidos políticos y de otras muchas instituciones públicas y privadas; en la asignación diferenciada de recursos para servicios básicos; en el trato dado al servicio doméstico; en el contenido racista y discriminatorio de muchos chistes y dichos populares, etc.

El colonialismo está presente también en ciertos rasgos de una Iglesia que históricamente se estableció sobre las ambigüedades de la conquista y que hasta hoy día sigue demasiado dependiente del extranjero en sus recursos humanos y económicos, en su teología, en su pastoral y en su liturgia. Por eso mismo la religión del pueblo es vista por muchos agentes

pastorales, tanto católicos como de otras denominaciones cristianas, como una fuente de supersticiones y de peligrosos sincretismos.

Con todas estas imposiciones y discriminaciones el pueblo revive en su propio país la situación bíblica del exilio y cautiverio. De aquí surge también una espiritualidad que expresa dolores y sueños, fortalece la confianza en Dios y —en muchos casos— facilita la solidaridad y la resistencia. Todo ello se manifiesta en celebraciones familiares, en fiestas sectoriales o comunales, en peregrinaciones y en otras mil formas de religiosidad popular, en las comunidades eclesiales de base; y —sobre todo en áreas rurales— también en el amor a la Madre Tierra, a los achachilas ancestrales, a los dueños del monte y a tantos otros seres tutelares.

"IN GOD WE TRUST": LA IDOLATRIA NEOLIBERAL

El segundo factor es el neoliberalismo. Es la versión actualizada de un viejo sistema que vuelve a proponerse a todos los países como modélico. Su economía se basa en un mercado "libre", que protege a los más ricos y deja sin defensa a los más pobres; pone al capital delante de las personas. Su ideal político es una democracia reducida en la práctica a lo formal, en beneficio de los económicamente más poderosos.

Este neoliberalismo pinta al régimen actual de Bolivia como ejemplo internacional, sobre todo por haber conseguido frenar la hiperinflación. Por seguir sus recetas, el neoliberalismo también otorga a nuestro país algunas ventajas coyunturales, como la reducción parcial de la deuda externa mediante su condonación, recompra o trueque, nuevas líneas de crédito e incluso la donación de capitales para un fondo de emergencia e inversión y las masivas donaciones de alimentos. Pero tras estos beneficios se ocultan varias falacias.

En primer lugar ha tenido y sigue teniendo un grave costo social y humano, expresado entre otros en los siguientes fenómenos: "relocalización" (léase despido) de mineros, cuando ellos fueron los que con sus pulmones desgastados produjeron durante décadas la riqueza del país, desempleo y crisis en la poca industria nacional existente, mientras nos invaden sin trabas los artículos del exterior, deterioro notable de nuestra capacidad de suficiencia alimentaria. La principal alternativa es el crecimiento de la tan insegura "economía informal"; es decir, se pierden puestos laborales estables y se sustituyen por empleos informales inestables. Es patético, por ejemplo, ver cómo los campesinos se lanzan, en condiciones físicas totalmente arriesgadas y laboralmente inseguras, a trabajos dejados por los mineros relocalizados. El agravamiento de los indicadores de calidad de vida, citado al principio de este documento, tiene que ver con todo este contexto local e internacional.

Este costo social no es mera coincidencia. Forma parte de un diseño económico que subordina las mayorías al lucro de unos pocos, el trabajo al capital. El lujo cada vez más refinado de la minoría tiene como contraparte el empobrecimiento creciente de las mayorías e incluso un excedente de población a la que simplemente se sacrifica: se recortan los programas de educación y de salud y, pese a las resistencias locales, se pretende implementar programas masivos de control de natalidad.

En segundo lugar las donaciones señaladas son un arma de doble filo. En lo inmediato alivian la situación, yendo incluso contra los principios mismos del libre mercado. Pero a la larga crean unos condicionamientos económicos y políticos que dificultan la búsqueda de modelos alternativos. ¿Qué reacción social ocurriría, por ejemplo, si por razones políticas se quitaran todas estas donaciones a un gobierno local menos dócil?

En tercer lugar el modelo está conduciendo hasta ahora a una disminución en la producción y transformación de bienes,

transfiriendo más bien mano de obra hacia el sector de servicios, sobre todo informales, y aumentando poder al sector financiero, directamente ligado al exterior. Nos invaden los recursos y artículos producidos en el exterior, con lo que aumenta nuestra vulnerabilidad y dependencia.

Prescindiendo ahora de si son necesarias o no ciertas empresas estatales, es claro que "privatización" en nuestro contexto local quiere decir en la mayor parte de los casos entrega de nuestros recursos a empresas extranjeras más interesadas en su propio lucro que en el desarrollo del país.

En el caso del campo supone, además, un ataque frontal a la existencia misma de la comunidad como tal, último bastión de resistencia de nuestros pueblos y culturas originarios. Una vez más se pretende reducir el territorio comunal a un especulativo mercado de tierras, totalmente abierto a la codicia de los más poderosos, con la falsa excusa de que así le darán mayor productividad.

Por esos caminos a los pobres se les dan pocas posibilidades para que trabajen en la producción de bienes y menos aún para que lo hagan eficientemente. No se trata de una situación técnicamente inevitable. Es más bien la consecuencia de un modelo que prioriza el capital sin tomar en cuenta las necesidades de sobrevivencia de la población.

Por ejemplo, es cierto que hay un excedente ocupacional en todo el sector público. Pero, en vez de botarlos en la calle, ¿no podría empleárselos en obras productivas de infraestructura? ¿No es un desperdicio económico limitarse a despedir a mineros profesionales cuando siguen pendientes tantas obras públicas en que podría aprovecharse su especialización en perforación y acarreo? Y en el caso del campesinado, ¿se ha hecho realmente un esfuerzo sistemático para mejorar sus condiciones productivas?

En cuarto lugar, en nuestro caso boliviano siempre surge una duda. Sin la economía paralela del narcotráfico, ¿habrían sido posibles los logros tan publicitados? Por una parte, la compleja economía de la cocaína, en medio de sus contradicciones, resulta la principal fuente alternativa de empleo para quienes más sufren el impacto del modelo. Sobre todo en los sectores más populares, muchos incursionan en la economía de la coca para cocaína porque lo ven como algo necesario para subsistir, pese a que—paradójicamente—diversos estudios, fomentados incluso por agencias públicas de Estados Unidos, muestran a las zonas productoras de coca como áreas de alarmante pobreza. De esta forma es el mismo sistema el que, pese a su fachada de penalización, ha empujado a muchos a incorporarse directa o indirectamente en los eslabones más bajos de esta economía paralela, por ejemplo, como comerciantes o trabajadores temporales en el Chapare. Por otra parte, el narcotráfico asegura un mayor flujo de divisas, "lavadas" a través de mecanismos como el bolsín de dólares, su libre compraventa en las calles o la importación abaratada, y quizás ilegal, de artículos. Algunos profesionales llegan incluso a considerar la economía de la cocaína como la única forma viable para poder salvar la deteriorada economía del país.

Pero aquí más nos queremos fijar en una quinta falacia, a saber, los aspectos ideológicos del neoliberalismo. Se presenta como el sistema económico más eficaz; pero tras esa pretensión—que deberá resistir la prueba de la experiencia—se oculta otra pretensión ideológica mucho más totalizadora. Su misma afirmación de que se ha llegado al "fin de la historia" y al "fin de las ideologías" no es una simple apuesta por lo pragmático sino una expresión de este su intento por constituirse en la nueva ideología que todo lo explica y absolutiza, sin admitir alternativas.

Con este afán por convertirlo todo en mercancía para acumular capital, el llamado "libre mercado" o "mercado total" ya deja de ser una simple cancha o feria y se convierte en un dios. Todo

queda subordinado a los intereses de quienes controlan a esta nueva divinidad. A su servicio está todo el sistema de propaganda y de comunicación social. Los escaparates y la TV nos venden un sueño de sociedad opulenta que inevitablemente estará sólo al alcance de unos pocos.

A veces este enfoque llega a camuflarse en el mismo lenguaje religioso, por ejemplo en el discurso alienado y desmovilizador de algunos enlatados de las "sectas electrónicas" en la radio y televisión; o cuando algunos negocios turbios son presentados como "bendición" de Dios, de la Virgen de Urkupiña o del Señor del Gran Poder; o, por el lado contrario, cuando ciertos grupos religiosos fundamentalistas del campo y barrios populares dicen que su religión no les permite participar en organizaciones populares y reivindicativas. La proliferación de este tipo de grupos debe llevarnos a una doble reflexión. Por una parte puede mostrar la ineficiencia de iglesias más comprometidas para llegar a tantos sectores marginales; pero por otra, no debe tampoco descartarse una tendencia desde los centros de poder, dentro y fuera del país, para difundir este estilo de religión alienada. Cuando el pueblo sufrido no encuentra soluciones reales, tiende a refugiarse en este mundo religioso que, al menos, le asegura una salvación más allá del sol.

Más aún, la ideología del "libre mercado" o del "mercado total" se convierte a veces en una pseudo-teología: es decir, en una idolatría. Esta forma de "mercado total" viene a ser un ídolo, el becerro de oro del siglo XX. Se transforma en un señor absoluto cuyas reglas son sagradas, al que se debe obediencia absoluta y que exige continuos sacrificios incluso humanos: el ídolo crucifica al pueblo. Las críticas proféticas contra la idolatría son plenamente actuales frente a estas pretensiones absolutizadoras de los ideólogos del sistema neoliberal.

Quando nuestros obispos levantan su voz contra el costo humano y social del modelo, la respuesta pasa de largo el tema ético y se les dice irónicamente que "estudien economía" o se nos hace creer con sarcasmo que en nuestro país "ya no hay pobres". Es ciertamente urgente buscar y diseñar modelos económicos alternativos y viables. Es esta una responsabilidad grave de quienes buscamos una sociedad basada en los valores cristianos. Pero también es obligación nuestra denunciar y oponernos a cualquier otro modelo que haga peligrar estos mismos valores.

En cualquier billete de dólar leemos "In God we trust" (En Dios confiamos). Pero ¿de qué dios se trata? De ese dios-dólar que, con su dogma del "mercado libre y total", lleva a la acumulación de unos pocos a costa de los demás?

CRISIS DE VIEJAS ESPERANZAS

Esta propuesta neoliberal ha quedado reforzada por la crisis de la izquierda que, como resultado de diversos factores internos y externos, se halla debilitada y dividida. Señalamos, entre otros, los tres factores siguientes:

1. El fracaso y divisiones internas durante el gobierno de la UDP, que favorecieron la agresividad de la propuesta neoliberal de los subsiguientes gobiernos.
2. La crisis económica con sus secuelas en el movimiento popular: la vieja vanguardia minera dejaba de serlo al quedar relocalizada; los paros ya no encontraban eco por no lograr sus objetivos.
3. Con la caída del llamado "socialismo real" del Este europeo, muchos han cuestionado también el ideal socialista. Este vacío, difícil de llenar, conduce a un amplio abanico de actitudes.

La primera es sucumbir ante las sirenas del neoliberalismo. Surgen fáciles populismos, arribismos y falsos mesías del Sistema. Al nivel global todo ello fomenta un mayor individualismo

que desemboca en apatía de cara a la participación política y a la búsqueda de alternativas. Amplios sectores del pueblo ya no reaccionan pese al avance de la pobreza.

La segunda, es aferrarse ciegamente a los sueños. Grupos espiritualistas, entre otros las sectas, ofrecen el paraíso cristiano sólo tras la muerte y "un hogar más allá del sol". Militantes dogmáticos quedan bloqueados en su viejo paraíso comunista. Otros proyectan su nostálgico y mítico paraíso indio. Cada vez son más los jóvenes que, faltos de otra perspectiva, se refugian en la droga.

Una tercera actitud, que merece un análisis más detallado, es recurrir al lucrativo negocio de lo clandestino. Puede tratarse de la ya tradicional corrupción, facilitada ahora por la ausencia de otros valores y la falta de alternativas. O del contrabando, en chico o en grande. Y, más que nada del narcotráfico. La hoja de coca —ritual, sagrada, tradicional— queda hipotecada y se convierte en objeto de mercado.

Se genera así una situación de ambigüedad generalizada y un doble lenguaje que juega permanentemente con la ilegalidad: Se proclama con las palabras una voluntad de lucha contra la corrupción o el narcotráfico, pero en los hechos, por una u otra razón, se acepta y hasta se defiende.

Unos, sobre todo en los sectores más pudientes, se lanzan a actividades ilícitas o se hacen cómplices de ellas por ser el camino más expedito al lucro rápido. Sin embargo, cuando periódicamente surgen escándalos, éstos se ceban en unos pocos chivos expiatorios mientras la cuestión de fondo sigue tapándose por involucrar a esferas demasiado poderosas o, a veces, incluso con el argumento de que se pone en peligro la estructura misma del Estado. Otros, sobre todo en los sectores populares, defienden el uso tradicional de la coca pero, en realidad, piensan en la cocaína quizás por tener pocas alternativas.

Una ambigüedad relacionada con la anterior es la de la "guerra contra las drogas" y la subsiguiente militarización de esta lucha. Como en toda "guerra", se pretende imponer la lógica de que no caben términos medios: o se está en el bando que combate la droga o se es parte del enemigo. Pero es un secreto a voces que, bajo este slogan, se ocultan afanes expansionistas del militarismo tanto local como sobre todo de Estados Unidos. Tras la caída del fantasma comunista, por la distensión Este-Oeste, estas nuevas formas de militarización surgen de motivaciones mucho más globalizantes que la simple lucha contra la droga. Los fuertes intereses y recursos que están detrás de la militarización buscan un justificativo alternativo y una nueva careta de la anterior doctrina de "seguridad nacional". Las campañas, hoy reiteradas, de "guerra psicológica" apuntan también a hacer creíble o al menos ineludible para la población esta nueva forma de presencia militar en medio de regímenes democráticos.

Finalmente la desesperación conduce, también en nuestro medio, a actitudes cada vez más frecuentes de tipo radical y violento tanto al nivel de la vida cotidiana como al de propuesta política.

En las grandes ciudades ha aumentado la violencia cotidiana y la inseguridad ciudadana debido a la multiplicación de bandas y asaltos. El narcotráfico causa periódicamente sus víctimas como resultado de vendettas y ajustes de cuentas o para silenciar a potenciales testigos.

En el campo político la lucha armada vuelve a ser vista por algunos grupos como la única alternativa, pese a que en nuestro contexto actual más parece conducir a una situación crónica de autodestrucción que a la construcción de una sociedad realmente alternativa. Unos son empujados a propuestas violentas por la desesperación y la marginación sistemática; otros se sienten además alentados por la experiencia e influencia del vecino

Perú. Pese a su carácter sin duda minoritario, los grupos que apelan a este tipo de solución han aumentado de manera significativa desde 1990 y es previsible que —si no se consolidan nuevos mecanismos de mediación y no se aseguran más puestos de trabajo— la situación irá empeorando, sobre todo en la periferia urbana, donde más se concentran los "excedentes humanos" del modelo neoliberal. Esta violencia viene alimentada por la violencia estructural y genera a su vez, de parte del gobierno, una mayor violencia represiva. Poco a poco nos vamos acercando a la situación polarizada de países como Brasil, Guatemala, Perú y Colombia.

La principal víctima de todo este deterioro es la nueva generación, por ser la que más siente en carne propia la falta de alternativas económicas y laborales, y por ser también la que menos motivación ética e ideológica encuentra en los modelos anteriores y actuales. Por eso ciertos grupos se refugian más fácilmente en el individualismo, la apatía, la droga, la delincuencia o la violencia. Asimismo en las principales ciudades de Bolivia ha empezado a surgir también la tragedia de los niños de la calle.

Parecería que nos encontramos en un callejón sin salida. Por suerte no es así, si miramos la realidad desde abajo.

SIGNOS DE VIDA Y ESPERANZA

Frente al pesimismo que surge al ver la persistencia de una sociedad neocolonialista y las consecuencias de esos intentos de implantación del modelo neoliberal, se nos abre un panorama de luz al ver la vitalidad de nuestro pueblo crucificado, que por diversos caminos nos da testimonio del Dios de Vida.

A pesar de estar discriminado, aplastado y lleno de ambigüedades, es precisamente dentro de este pueblo donde encontramos más signos de vida y esperanza. Aunque minoritarios, algunos de sus sectores y grupos vienen a ser para nosotros el "resto de Israel", formado por los verdaderos "pobres de Yahvé". El mero hecho de que existan estos pequeños grupos que ni maldicen ni son malditos es un hecho que merece ser subrayado aquí con énfasis. Como el Siervo de Yahvé, el pueblo se convierte así, y gracias a ellos, en fuente de luz y germen del futuro.

En medio de la desmovilización prevalente, dentro del pueblo hay sectores que no sólo resisten y aguantan en silencio frente a las situaciones adversas, sino que además reivindican sus derechos mostrando una gran capacidad por crear nuevos referentes simbólicos. Luchan preferentemente a través de medios no violentos, como por ejemplo huelgas de hambre, paros, bloqueos y marchas. La "marcha por la vida" de los mineros en 1986, la "marcha por la dignidad y el territorio" de los indígenas del Oriente en 1990 y las repetidas movilizaciones de los pequeños productores de coca son ejemplos claros de esta lucha no violenta pero inspirada y tenaz por sus derechos. Lamentablemente estos medios no violentos han sido respondidos varias veces con tanques, detenciones e incluso masacres.

Lo más visible en muchos de estos movimientos es la lucha por la sobrevivencia amenazada. Pero en ellos hay algo más. Sobre todo en los sectores rurales está también la defensa y valoración de su propia cultura y forma de ser. En un número creciente de sectores urbanos las comunidades eclesiales de base enfatizan los valores del compromiso y la solidaridad. Además en todo este proceso se van generando nuevas formas de organización: en los barrios urbanos, mediante grupos de jóvenes, amas de casa, juntas vecinales y grupos cívicos; en el campo, principalmente a través del fortalecimiento de la comunidad.

Nuestro pueblo no ha perdido totalmente su sentido comunitario. Pese a 150 años de intentos sistemáticos y

parcialmente exitosos por destruir las comunidades rurales, éstas resurgen una y otra vez. Ultimamente también los sindicatos campesinos vuelven a encontrar su profunda identidad como comunidades. Asimismo en la periferia de nuestras ciudades las villas y sus organizaciones vecinales mantienen cierto sentido de comunidad, reproduciéndola de alguna manera en un nuevo contexto. En medio de sus limitaciones y problemas, este sentido comunitario sigue siendo un embrión esperanzador para una sociedad alternativa.

Más aún, esta vivencia comunitaria forma parte de la identidad y riqueza cultural de nuestros pueblos y nacionalidades originarias que precisamente ahora, tanto en el campo como en la ciudad, están despertando y saliendo de la clandestinidad a que habían sido condenadas. Este es uno de los signos más claros y esperanzadores de que nuestro países y debe ser diferente.

Los 700 kilómetros recorridos a pie por los indígenas del Oriente en medio de continuas muestras de solidaridad, la wilancha con que sellaron su encuentro con los hermanos andinos, la emotiva y multitudinaria recepción del pueblo paceño, culminada en una eucaristía en doce lenguas, marcan un hito irreversible en la historia de Bolivia. Su encuentro y rechazo a las máximas autoridades de gobierno, que les salieron al encuentro en Yolosa, es todo un símbolo de la forma cómo los más pequeños son los que interpelan a todo el país. Bolivia ya no podrá seguir igual después de esta marcha por la dignidad y el territorio. Los indígenas del Oriente nos han recordado con vigor que es posible armar un país de manera alternativa, en que se opte por la madre india y no por el poder abusivo y excluyente del padre colonizador.

También dentro de la esfera religiosa este resto de Israel nos trae signos de esperanza. La espiritualidad del pueblo, en la que convergen religiones ancestrales y el anuncio del cristianismo, es fuerte y profunda, da al pueblo sentido de la vida y de la muerte, anima al trabajo y a la lucha, y le sitúa como naturalmente ante Dios durante toda su vida. Esta religión es el alma del pueblo.

Esta convergencia entre lo ancestral y el anuncio de Jesús de Nazareth no mutila el Evangelio sino que lo enriquece. Saltan a la luz facetas olvidadas como la dimensión cósmica; el sentido del don y de la reciprocidad; la contemplación muy unida a la tierra y a toda una vida de trabajo; un cierto sentido de bondad, sencillez y humildad; la hospitalidad y capacidad de acogida; el valor cósmico y comunitario de la fiesta... En medio de la dureza y violencia de nuestro agro, en los Andes y en los Llanos, San Francisco de Asís encontraría muchos puntos de sintonía en la experiencia religiosa de nuestros pueblos y culturas originarios.

A nivel de estructuras eclesiales se han dado también pasos significativos para el acercamiento al pueblo. En estos últimos años están floreciendo las Comunidades Eclesiales de Base, sobre todo en los barrios populares de las ciudades. Varias iglesias y denominaciones cristianas han logrado romper sus dependencias del exterior y organizarse autóctonamente. Grupos de religiosas y religiosos abandonan sus trabajos tradicionales para insertarse en el barrio, la mina y el campo. Instituciones de las iglesias apoyan al pueblo y sus organizaciones, defienden sus derechos y contribuyen a su promoción. En medio de un clima universal de involución, es signo de esperanza la actuación de obispos bolivianos que denuncian situaciones de injusticia y desentraman el sistema neoliberal.

Nace tímidamente una reflexión teológica liberadora que intenta articular todos estos elementos: la teología del pobre, rostro privilegiado de Dios; la teología del "otro", con su derecho a ser diferente; la teología de la inculturación; el diálogo ecuménico entre las iglesias cristianas y las religiones indígenas; la teología de la fiesta, del símbolo y del rito; una nueva teología de la creación y de la armonía en el universo. Todo ello es alimentado

por la espiritualidad del exilio en la propia tierra; del siervo de Yahvé con guardatojo y crucificado; de María, mujer del pueblo; del permanente intercambio de dones con la Pacha Mama, los santos y los seres tutelares; del Cristo resucitado con rostro indio.

Hay que subrayar la presencia de la mujer y de los jóvenes en todo este proceso de resistencia y resurgimiento del pueblo pobre. El papel específico de la mujer se constata tanto al nivel de organizaciones populares—por ejemplo las agrupaciones de amas de casa—como al nivel de comunidades de base e incluso en el rol muy particular que ella está jugando para una mayor inserción de la vida religiosa en los medios populares. Por otra parte, entre los jóvenes—quizás por ser las principales víctimas del modelo de sociedad que se nos pretende imponer—aparecen también nuevas formas de agruparse y de expresar sus inquietudes colectivas, que hacen rebrotar la esperanza en una generación desesperanzada. Algo de ello debió ser percibido por el Papa cuando quedó tan gratamente impresionado por los miles de jóvenes bolivianos congregados en Cochabamba.

En síntesis, Bolivia—por sus propias raíces y gracias quizás a su misma marginación—tiene una constelación particular de circunstancias para ir gestando una sociedad diferente, cristiana a partir de sus propias raíces y diversidad.

Este es nuestro tiempo de gracia, el paso del Señor por Bolivia.

PROPUESTAS

No debemos contentarnos con presentar los rasgos fundamentales de la realidad actual, con sus sombras y luces. Debemos hacer, además un esfuerzo especial para encontrar soluciones viables.

El pueblo ya está cansado de respuestas demasiado generales y de simples palabras.

Pero hacer propuestas concretas en la situación actual no es nada fácil, supuesta la caída de modelos alternativos, a que nos hemos referido más arriba.

El punto de partida debe ser mantener una gran esperanza, al nivel teológico, y, al nivel práctico, partir de situaciones muy realistas. Pero este realismo, animado por una esperanza radical, debe ir mucho más allá de simplemente acatar las reglas del modelo neoliberal. Las propuestas deben partir del gran principio de que Dios es fuente de vida y de solidaridad.

En un primer momento lo mínimo que se nos exige como cristianos y como Iglesia es mostrar una gran solidaridad y una opción claramente preferencial por esos sectores más discriminados por nuestra persistente sociedad neocolonial y por esa población declarada "sobrante" por la propuesta neoliberal ahora en boga. Acompañar y sufrir en silencio, como pobres sufriendo con los pobres y marginados, es ya una manera vivencial de proclamar nuestra esperanza. La Buena Nueva tiene también sus noches oscuras y sus momentos de cruz.

En segundo lugar el mismo realismo a que hacíamos referencia nos exige pensar en una sociedad dimensionada según nuestra propia realidad, sin ser sacudidos permanentemente por las modas o presiones que nos llegan desde afuera. Es evidente que los países del Tercer Mundo, como Bolivia, cada vez resultan menos competitivos con los países dotados de tecnologías punta, difícilmente reproducibles en nuestro medio. Por una parte estos últimos cada vez necesitan menos nuestras materias primas; más bien nos ven ahora como un lugar adecuado para colocar algunos de sus excedentes de capital, según sus propias conveniencias. Por otra, no es tampoco pensable un mundo en que todos tengan los lujos que ahora acaparan unos pocos. La energía necesaria para ello agotaría rápidamente los

recursos del Planeta Tierra. Todo ello nos lleva a la necesidad de diseñar un nuevo orden internacional, tarea fundamental pero que está más allá de las posibilidades de este documento.

En tercer lugar es una gran responsabilidad y prioridad de los cristianos suficientemente preparados para ello la de ir formulando una utopía alternativa. Debe tener en cuenta los elementos fundamentales de la nueva situación, incluyendo enseguida propuestas concretas, surgidas de la reflexión de la gente común, y que vayan acercando, dentro de lo posible, a dicha utopía.

Los siguientes puntos, de carácter claramente preliminar, pretenden señalar algunas pistas a ser consideradas en esta tarea. (1)

En lo político

Pese a sus graves limitaciones, la actual democracia es un punto de partida mejor que las anteriores dictaduras y que cualquier otra posición basada en la violencia, que sólo conduce a más violencia.

Pero sólo es punto de partida. Debe avanzar hacia una democracia que incorpore todas sus dimensiones: real igualdad de oportunidades en lo económico, en el acceso a servicios básicos, en el derecho de expresión y —sobre todo— en las posibilidades reales de participación de los estamentos hasta ahora más marginados.

Por este camino se irán delineando nuevos sujetos políticos populares, más acordes con nuestra realidad actual, cada vez menos centrada en un mundo obrero asalariado estable. Será tarea de los cristianos ir acompañando y apoyando todos estos procesos de reorganización de los sectores populares de la sociedad, indispensables para la gestación de una sociedad más justa y equitativa.

Esta democracia debe ser realmente pluralista, no sólo por su respeto a las diferencias entre individuos, sino también entre grupos culturales, regionales y otros. La verdadera democracia incluye el respeto al "otro" sin obligarle a asimilarse al modo de ser de los sectores dominantes. Dada la heterogeneidad de la sociedad boliviana este es un punto fundamental.

La propuesta exige una repolitización de la sociedad, en el sentido positivo de la palabra. Nadie debe sentirse ajeno a la cosa pública. Ni los jóvenes, ni las mujeres, ni los intelectuales, ni los sectores populares o rurales de cualquier origen cultural. Una sociedad poco participativa es mucho más vulnerable a imposiciones por parte de élites dominantes. Esta tarea implica una labor educativa y un trabajo sistemático para asegurar la documentación adecuada de todos los ciudadanos, su acceso a la información y su derecho igualitario de expresión y opinión.

En el fondo se busca que el quehacer político retorne a la sociedad civil, rompiendo el actual monopolio de los partidos. No negamos la importancia de los partidos como un instrumento privilegiado para hacer propuestas globales y buscar los caminos para implementarlas. Pero consideramos que su mediación no es indispensable para participar en la política. Por ejemplo, las elecciones municipales ¿no resultarían más genuinas y representativas sin esa exigencia partidaria?

En el ámbito de nuestra realidad pluricultural, y supuesta nuestra situación crónica de colonialismo interno, los principios anteriores nos llevan a la propuesta que ya han hecho los representantes de nuestros pueblos originarios: redefinir a Bolivia como un Estado plurinacional. Poner en práctica esta propuesta exige una revisión a fondo de nuestra propia Constitución Política del Estado, que fue elaborada sin la participación de estos sectores mayoritarios. Tiene implicaciones tanto en la concepción del territorio nacional y los mecanismos de representación en el Estado como en los sistemas de

educación, de comunicación social y en el estilo de los diversos servicios. Sólo así se logrará que nadie se sienta extranjero en su propia tierra y se sentarán bases sólidas para una sociedad participativa y, por tanto, fuerte.

En lo social

Los servicios de salud y de educación deben ser considerados prioritarios. El acceso a ellos no debe depender de los recursos económicos de cada uno sino de sus necesidades y capacidad.

Supuestos los desafíos de las nuevas tecnologías, pasa a primer plano garantizar una educación de buena calidad a toda la sociedad. Por primera vez en la historia, este requisito ya no puede considerarse un lujo sino un elemento indispensable para la sobrevivencia.

Ello no quiere decir, de todos modos, que sea una educación uniformadora. Debe partir, más bien, de nuestra realidad pluricultural. Dentro de una alta calidad, se busca que cada uno pueda expresarse a plenitud en su propia lengua y cultura y que, a la vez, pueda compartir con los demás en pie de igualdad. Para la creación y consolidación de una sociedad y estado pluricultural es indispensable una educación intercultural y bilingüe con contenidos y proyecciones populares en todos los estamentos de la sociedad, incluidos los urbanos y los monolingües castellanos.

En lo económico

La base económica para llevar adelante todo lo anterior es el gran cuello de botella. De todos modos pueden ayudar los siguientes criterios.

En el proceso de planificación se deben seleccionar de forma muy rigurosa las actividades que merezcan mayor apoyo gubernamental. Naturalmente esta selección no puede favorecer el acceso a bienes suntuarios o prescindibles, en beneficio de grupos minoritarios de mayor poder, sino que debe buscar el acceso equitativo de todos a las necesidades de una canasta básica, austera y realista, que cubra los rubros esenciales de alimentación, salud, educación, vestuario y vivienda.

Dentro de las diversas opciones posibles, se dará prioridad a aquellas que aseguren un mayor empleo productivo y beneficios bien distribuidos, más que a proyectos grandiosos que generan desocupación y suelen beneficiar sólo a algunos. Para el cristiano la sobrevivencia y bienestar de todas las personas está muy por encima de los intereses del capital. El trabajo, continuación de la creación y derecho fundamental de todo ser humano, es lo que dignifica a la persona y, por tanto, vale mucho más que el lucro acumulado.

De manera muy particular hay que dar prioridad, en la medida de lo posible, a la autosuficiencia alimentaria dentro del propio país, minimizando así dependencias con alta carga política y económica. Para ello hay que fomentar sobre todo la producción agrícola diversificada y orientada al consumo interno, más que los monocultivos para la exportación.

Para ello debe dinamizarse ante todo el potencial de los pequeños productores, que además son la inmensa mayoría. Si éstos ahora producen menos, no es por su falta de capacidad sino porque no reciben un trato igual en términos de acceso a los recursos básicos de tierra, agua, crédito, apoyo técnico y facilidades de comercialización. Naturalmente, al dar prioridad a este sector de pequeños productores, deberán corregirse.

Más aún, en este campo hay que dar una oportunidad para que —dentro del contexto actual y con apertura a una genuina modernidad— nuestros pueblos originarios realicen su propia utopía comunitaria también en el campo productivo. De esta forma podrán combinar sus propias estrategias de diversificación

productiva y seguridad alimentaria, sus prácticas solidarias de reciprocidad y las posibilidades de producir para el mercado a un nivel técnico eficiente.

Es más fácil asegurar niveles menores de explotación laboral si se fomentan pequeñas empresas productivas asociadas de tipo realmente autogestionario. En el caso del campo pueden coincidir o articularse con las comunidades ya existentes. Por ese camino se da una dimensión incluso productiva, dentro de la clásica valoración cristiana del trabajo, a la propuesta de comunidades eclesiales de base. Naturalmente es fundamental que estas unidades productivas tengan el debido apoyo con miras a incorporar el capital, las tecnologías y la capacitación adecuadas para que sean competitivas y rentables. Por ese camino puede lograrse una genuina y eficiente apropiación autogestionaria y solidaria, menos pesada que las grandes empresas estatales y más cristiana que las "privatizaciones" en manos de los más poderosos para su lucro individual.

Otro camino fundamental para asegurar el futuro es la inversión en obras de infraestructura para uso colectivo —por ejemplo, servicios básicos urbanos— y en la infraestructura productiva de los pequeños agricultores —por ejemplo, riegos y caminos. Además por este camino se puede dar un uso más útil a tanta mano de obra desperdiciada, tal vez "relocalizada" fuera de sus antiguas fuentes de trabajo. Es más fundamental asegurar agua y tierra para la alimentación que desviar estos recursos escasos a grandes proyectos de expansión industrial o de exportación agroindustrial.

Las exportaciones lo más diversificadas posible, como fuentes de divisas, son un complemento indispensable para poder financiar todo el esquema. Pero no deben ser el centro de todo

el modelo incluso arriesgando aspectos fundamentales dentro de la suficiencia alimentaria. Un genuino desarrollo nunca será sólo desde dentro ni sólo hacia adentro. Pero lo más sólido, y por tanto prioritario, es siempre asegurar desde dentro la seguridad de sobrevivencia de la población.

Asimismo en las importaciones debe darse prioridad no a los bienes suntuarios sino a aquellos rubros que ayuden a cubrir los déficits en las necesidades básicas de la canasta y que faciliten la creación de una base productiva local en los términos arriba señalados.

La política tributaria debe asegurar equidad, cargando más a los artículos de uso suntuario y exigiendo más a los sectores pudientes de la sociedad. En cambio debe ser más flexible en todo lo que toque a las necesidades más vitales y a los sectores de menores recursos, que indirectamente ya tienen otras muchas contribuciones, por ejemplo en trabajo.

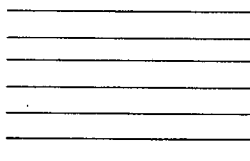
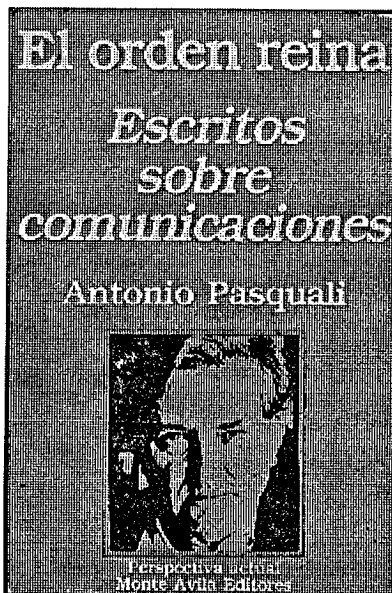
En toda esta tarea el Estado seguirá teniendo un rol insustituible, por ejemplo, en las inversiones para la estructura productiva o en el control eficaz de determinados bienes estratégicos indispensables para la sobrevivencia misma del país.

¿No vale la pena esperar y pedir que nuestros grupos organizados y nuestros talentos se lancen a buscar y soñar las formas para ir haciendo operativo este camino alternativo?

NOTA:

- (1) Para ampliar algunas de las sugerencias hechas en esta parte, remitimos a dos libros recientes de autores colectivos: Bolivia hacia el 2000. Desafíos y opciones (Caracas, Nueva Sociedad, 1989) y por una Bolivia diferente (la Paz, CIPCA, 1991).

EL PODER DE LA COMUNICACION



MONTE AVILA EDITORES C.A.

Av. Ppal. de la Castellana

Qta. Cristina

Aptdo. postal 70712 (zona 1070)

Teléfonos 332137 - 326020 - 330760

Telex: 24220-CONAC-CARACAS, VENEZUELA